JOAQUÍN MONASTERIO BETTA

CONDORINA

UNA AVENTURA A TRAVÉS DEL
PAÍS DE LAS MONTAÑAS

Áurea Ediciones

Dedico este libro a mis cercanos en general;
lamento haber escondido este secreto.

Se lo dedico especialmente a mi abuelo, porque cuando hablábamos sobre qué países me gustaría visitar en el futuro, me sorprendió con la pregunta: "¿Pero conoces Chile?". Tata, nunca supiste de este libro ni que me gustaba escribir, pero, sin darte cuenta, en su momento me ayudaste a poner todo en marcha.

Nota del autor

El mundo, su cultura y sus historias son un océano profundo y en constante cambio: lo que un día fue misterio se transformó en historia y la historia pasó a ser verdad; con el tiempo, aquella verdad volvió a ser historia. Somos lo que contamos. Cuando una tierra deja de contar o escuchar sus historias, deja de estar atado a una parte fundamental de su ser.

Chile es una tierra magnífica, con riquezas naturales exorbitantes y un enorme número de ecosistemas y especies que residen en este estrecho rincón al fin del mundo. No es de extrañar entonces que de un lugar tan particular surjan historias y seres tan cautivadores, pero me entristece un poco ver que esas historias se han dejado atrás; hemos abierto las puertas a otros relatos que vinieron de afuera y nos encantaron los ojos con leyendas y seres fantásticos. Esto no tiene nada de malo, porque

¿cómo no disfrutar con las aventuras de Odiseo?, ¿cómo no quedar deslumbrados con los combates de Thor o la vida de Amaterasu? El problema es que vemos demasiado hacia afuera y a veces olvidamos lo increíbles que son nuestros propios relatos.

Lo que están a punto de leer, estimado lector o lectora, contiene seres mitológicos que yo no he creado (salvo un par). Son fruto de la tradición narrativa de varios pueblos (de los cuales no pertenezco a ninguno) y zonas de mi país. No quiero atribuirme su creación, solo su libre interpretación. Tampoco es mi interés banalizar sus imágenes, solo quiero que las pequeñas personas dueñas del futuro se vuelvan a cautivar con los mitos y las leyendas de su propia tierra, que miren maravillados a las historias de otras partes, pero siempre con el sentimiento de orgullo de que en su tierra también se cuentan épicas aventuras y relatos cautivadores.

Tanto los nombres de esta historia como de sus localidades tratan de inspirarse en dialectos de pueblos originarios y zonas de Chile. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. A lo que quiero llegar con esta cháchara es que no pretendo mostrarme como un gran creador, solo alguien que escuchó relatos de su tierra y, desde el respeto y admiración, quiso ambientar su historia en un lugar que aspira ser tan mágico, tan bello, como el suelo donde crecí.

Agradeciendo de corazón que me prestes un poco de tu atención, espero te entretengas y maravilles con esto que te voy contar.

Prologo

La que voy a contar es una historia de antaño, de la época en que las montañas rugían y los glaciares marchaban sobre los valles, tiempos en que los bosques gobernaban más allá de cualquier frontera, como auténticos y gigantescos laberintos de verdor, en los que miles y miles de plantas dotaban de esa belleza a este lugar. Me refiero al País de las Montañas, una tierra de gran envergadura de norte a sur, no tanto así de oriente a poniente.

En este país, muy arriba en las montañas, escondida entre nube y roca, se encontraba la tierra de la *Gente Ave*, donde niños y adultos tenían alas enormes, con las cuales el cielo se convertía en su hogar; algunos nacían con alas de colibrí y normalmente eran gente enérgica y trabajadora; otros poseían alas de golondrina y usualmente eran generosos y nómadas; otros con alas de queltehue, eran gente hogareña y protectora, y los había con alas de aguilucho, que eran violentos, pero a su vez audaces.

Entre todas las alas, las más respetadas eran las de cóndor. Los afortunados que nacían con alas de cóndor gozaban de respeto y admiración. ¿Cómo no hacerlo? Aquellas alas negras eran capaces de surcar alturas inhóspitas, podías pasar días enteros suspendidos entre los hilos del viento, su poder y elegancia los convertían en el modelo de las demás familias de Gente Ave. Pero a veces las excepciones ocurren.

Nacida entre cóndores fue Condorina, su destino estaba aparentemente escrito desde el día de su nacimiento. Su padre Nekhuen y su madre Mailen eran material de leyenda. Su madre era una poderosa guerrera que había defendido a la Gente Ave hacía años de los constantes intentos del Rey Puma por quedarse con la ciudad escondida en las montañas. Su padre era un explorador que conocía cada cima del País de las Montañas, y a quien se le atribuía ser el primero en pasar al País de las Estepas y llegar hasta el océano del cual nacía el sol. No son merecedores de ser excluidos los hermanos de Condorina, quienes a temprana edad mostraban grandes dotes para artes como el vuelo, la guerra o la exploración, pero sus nombres no deben ser mencionados, porque eso es otra historia.

Con una familia así, grandes expectativas estaban puestas en Condorina. "Será una gran exploradora como su padre y descubrirá tierras más allá del norte", o "una gran guerrera como su madre sin duda será, puede que traiga la derrota a la reina de las serpientes, que tantos problemas causa en los bosques", eran algunos de los comentarios que la pequeña escuchaba desde sus primeros días en este mundo.

Sin embargo, nadie vio venir la aparente tragedia que se abalanzó sobre el destino de la muchacha, y grave era este, debido a que la pequeña, pese a ser hija y familiar de los grandes reyes del cielo, no podía volar, las alas de la muchacha no solo no eran tan grandes como las de su familia, sino que carecían de las plumas esenciales para el vuelo. Azaroso y caprichoso, así podrían ser los adjetivos clave para nombrar el destino tras el nacimiento de Condorina. ¿Pero cómo alguien que tiene todo lo necesario para conquistar lo que hay entre las montañas y el sol es incapaz de surcar los cielos? Por esto su familia decidió, a temprana edad, dejarla viviendo en tierras bajas, al cuidado del sabio Lonkai, afirmando que era una medida para protegerla de la vida en las alturas, por lo que vivió en el bosque de las araucarias gigantes al cuidado de los Muns, quienes, famosos por su sabiduría e ingenio, serían los cuidadores perfectos para la niña. Pero a estos pequeños se les hizo notorio el exilio al que estaban sometiendo para la niña.

Lo cierto era que a quien más pesaba todo esto era a la pequeña Condorina. Desde temprana edad supo la horrible sensación de no ser la esperanza que todos anhelaban; sus hombros entumecidos por el peso de las expectativas que sobre ella se postraban, incluso antes de nacer, se sentía como la decepción más grande del mundo. Pero a menudo las virtudes no se ven aplacadas por nuestras limitantes, sino que nacen de estas, ya que Condorina, pese a que no podía volar aprendió a surcar de manera momentánea entre los vientos, a tomar ciertas corrientes para su ventaja. Además de ello, Condorina aprendió de pequeña a ser valiente y es que, en la mayoría de los

casos, cuando estas criaturas aladas se sienten amenazadas huyen a las alturas tan rápido como les sea posible. Esa nunca fue una opción para Condorina, oh no, ella siempre se vio forzada a enfrentar cualquier amenaza que se le presentase.

No podemos olvidarnos de los Muns, criaturas fundamentales para el país de las montañas y para la formación de la guerrera. Eran un pueblo humilde, criaturas de pequeño tamaño, que podrían caber en la palma de una mano; eran antiguas, más viejas que muchas especies, pero no así más ancianas que el propio bosque, del cual eran cuidadores, pero además de eso, sus oídos. Poseedores de grandes conocimientos, le enseñaron todos los idiomas de todas las criaturas del País de las Montañas: de los pudúes aprendió el arte de moverse en silencio por bosques y montañas y de los monos de monte a luchar como ninguna ave.

Rodeada de tan particulares maestros, la avecilla creció para convertirse en una auténtica protectora de su tierra, siempre atenta a su primera gran oportunidad.